"LA REGIÓN ENCENDIDA", DE MANUEL GAHETE

EDUARDO GARCÍA

Un libro de poemas, es cierto, rara vez desborda récords de ventas. Sin embargo, ofrece lo que los productos de consumo masivo no pueden ofrecer. Aquellos que saben apreciar la poesía, los que sintieron el aguijón de unos versos que se les quedaron prendidos del corazón, conocen ese encuentro del lector con su propia identidad a través de unos versos ajenos. Quien prueba ese licor ya no puede renunciar a su dulzura. Leer poesía nos hace más dignos, más nosotros, permitiéndonos sentir a través de las palabras y la sensibilidad del poeta nuestra propia sentimentalidad.

Manuel Gahete lo sabe. Conoce la miel de la palabra desde su más tierna infancia. Desde niño viene atesorando resonancias, ecos, voces: esa oscura dimensión que alienta detrás de las palabras. En sus versos se despliega su paleta de pintor de sentimientos. La emoción habita en esas voces que le susurran versos al oído. Palabras de vida, palabras de muerte, palabras de amor. Yo diría que esa su fascinación por la palabra es el eje mismo de su trayectoria poética, el elemento omnipresente que aporta continuidad a su evolución. El lenguaje ocupa así un lugar preponderante, imponiéndose sobre todo lo demás. La elección de un adjetivo se convierte en un acto de fe, una apuesta por la sustancia misma de la lengua. La sonoridad se impone desde el primer verso como valor vertebral, llamada estética al disfrute del lector. Expresiones como: "el rabel mortal de la memoria", "los cangilones de las norias", "yermo caimán ardido entre celliscas", "yo derramo mi voz en lava viva" adquieren su pleno sentido si nos concentramos en su sonoridad, así como en su capacidad de evocación.

Este gusto por la elegancia en la expresión, este juego estético con el lenguaje mismo, sitúan al poeta dentro de la tradición barroca andaluza, dentro de la que se integra y con la que dialoga fecundamente su obra. Gahete conoce bien la tradición. La ha leído, estudiado, venerado. Por eso puede permitirse el lujo de innovar, de dar a luz una voz propia, sin perder de vista el magisterio de sus más ilustres predecesores. Leyendo LA REGIÓN ENCENDIDA uno encuentra el mismo dominio del ritmo poético del que siempre ha hecho gala. Y es que no hay lugar para el traspiés ni el torpe vuelco de los versificadores al uso. La pulcritud más estricta recorre cada poema, que parece labrado en piedra, con voluntad de permanencia.

Idéntico conocimiento de los recursos del género manifiesta la elaborada construcción de sus frases. Sus poemas fueron escritos desde la lúcida conciencia del artista y no desde la desmesura del ignorante que se pretende iluminado. Entregado a una vivaz inspiración, jamás descuida la forma, el vehículo lingüístico de la emoción. Sólo aunando un fértil aliento y una aguda conciencia del oficio de poeta pueden escribirse versos como éstos:

> Cáliz de soledad sobre mis labios,
> surco de luminarias en lo oscuro,

garzón de nieblas, de cenizas áureas,
así el amor o luz que nos refleja.

Hasta aquí las cualidades que la obra del poeta viene atesorando desde sus primeros títulos. Sin embargo, LA REGIÓN ENCENDIDA es todo esto y mucho más. Conviene recordar que nos encontramos ante una obra en marcha de un autor que se encuentra en plena madurez creativa con lo que no es de extrañar que se enriquezca su voz con nuevos registros. No obstante, lo que de novedoso alienta en estos versos no desplaza a sus maneras poéticas usuales, sino que se incorpora a éstas, ampliando horizontes. Puede decirse que en LA REGIÓN ENCENDIDA alienta el mejor Gahete de siempre más toda una serie de nuevas modulaciones.

Esta novedad se hace particularmente perceptible en la primera sección del libro. Desde el primer poema advertimos un renovado interés por la comunicación con el lector. El juego lingüístico, esa herencia barroca de la que antes les hablaba, deja espacio para que se muestre la intimidad del poeta, revelándonos a pecho descubierto su inquietud y su miedo, su dolor y su combate con la vida. Conociendo como conozco personalmente al autor, me es imposible distinguir en estos versos entre artificio literario y confesión sentimental. Quienes tenemos la suerte de disfrutar del don de su amistad sabemos que Manuel Gahete es un hombre de una cordialidad sin trabas, carente de esa vanidad desmedida que parece perseguir como una maldición a los poetas, generoso por inclinación y poseedor de una sensibilidad excepcional. Una sensibilidad nada egocéntrica, que gusta de desbordarse hacia el prójimo, sin cálculo ni doblez.

Por eso puedo dar fe de la veracidad de sus versos, de su ausencia de "pose". Cuando escribe:

Nos dejamos vencer sobre el crepúsculo,
ávidos de otras ansias, de otra tierra [...]
Pero siempre volvemos al lugar que nos nombra

es imposible no ceder ante la autenticidad de esa voz humana que nos tiende su intimidad sin pudor ni afectación. Esta preocupación por desvelar su intimidad públicamente a fin de conmover al lector genera una imborrable sensación de autenticidad. La escritura se revela acto íntimo que se despliega ante nosotros. Su sentimiento preponderante, la tristeza, alcanza vida en la palabra y nos interpela sobre nuestra propia condición. Esta confidencialidad que va abriéndose paso en sus poemas manifiesta otra de las virtudes de Gahete, su vitalismo insobornable, su vigor expresivo acorde a la intensidad de los sentimientos que manifiesta. De ahí que el libro rebose de imperativos. El poeta se entrega a la imprecación sin cesar. Es ésa su modulación verbal preponderante, que manifiesta su urgencia emotiva, la honda intensidad de su emoción. Por idénticas razones el tema del amor adquiere resonancias eróticas, si bien se trata de un erotismo velado bajo una cortina de metáforas, un erotismo mucho más psicológico que explícitamente físico.

No es Gahete un poeta melancólico, de ésos que usan y abusan de esa retórica anémica del "tempus fugit". Si manifiesta su tristeza por el incumplimiento o la pérdida de sus sueños es para mejor perseguirlos, sin ceder al desaliento. Su tristeza es generadora, apuesta por la vida, se proyecta hacia el futuro, sin detenerse demasiado a mirar hacia atrás, salvo para tomar impulso. Sus poemas parecen decirnos que no todo está perdido, siempre es posible la redención. Canta la pasada felicidad, pero eleva su voz para reclamar su restauración. Jamás cae en el nihilismo posromántico. Si denuncia la

pérdida es para arrojarse al reencuentro.

El afán de comunicación del que les hablo se combina, paradójicamente, con un tono salmódico de filiación simbolista-vanguardista. En efecto, el versículo se abre paso, con la modulación que por lo común le es propia. El tono oracular, profético, en definitiva, la actitud visionaria, se impone desde el principio. En cuanto al uso del versículo -permítanme el inciso- he de decir que se integra perfectamente con versos de métrica tradicional, pues el poeta ha sabido producirlo por combinación de formas métricas reconocibles. Sus versículos no disuenan jamás, pues rítmicamente dialogan a la perfección con los demás versos.

En lo que respecta al tono oracular llama la atención el uso de una identidad poética trascendente que se trasmuta por momentos en el hombre de carne y hueso, en el autor biográfico real. Me parece peculiarísima esa manera de abordar la escritura. Por lo común la dicción profética y el tono confidencial no suelen mezclarse. Suelen incluso enfrentarse entre sí con la máxima acritud los defensores de uno y otro modo de escribir. Sin embargo, Manuel Gahete logra a menudo fundir las dos orillas, dando lugar a una obra muy personal.

Por eso el lector encontrará en este libro un uso torrencial de los procedimientos visionarios. Sus poemas estan plagados de metáforas superpuestas, oxímorons e hipérbatons de origen barroco... pero tambien de imágenes visionarias. Entronca así con la tradición irracionalista contemporánea, a la luz del magisterio de Aleixandre, Neruda y el Miguel Hernández más surrealista (entre otros muchos). La construcción de la frase apunta en idéntico sentido. La frase larga, que se derrama en cascadas, apoyándose en la aliteración y la enumeración, le hace participar de esa gran tradición contemporánea escasamente cultivada (por desgracia) en la actualidad.

DIEZ AÑOS DE "ÁNFORA NOVA" (1989-1999), DE JOSÉ Mª. MOLINA CABALLERO

ANTONIO MORENO AYORA

En 1998 la Editorial Ánfora Nova, con un prestigio cada vez más creciente desde que empezó a editar, allá por 1989, la revista literaria de su mismo nombre, publicó un número especial titulado *Antología de la paz*. Un año después José M.ª Molina Caballero, gracias a su incesante actividad editora, logró reunir en otro número monográfico dedicado al tema *Ecología y Literatura* las firmas de cuarenta y nueve escritores preocupados por demostrar que la Naturaleza puede hacer pensar, que lleva a sentir, que empuja a imaginar y que suscita imperecederas emociones o solidarias ideas. Pues bien, estos dos antecedentes explican la aparición, también en 1999, del siguiente volumen (Nº 39-40) de la Revista Literaria Ánfora Nova, con el que se pretende conmemorar la primera década de existencia de esta publicación, circunstancia que motiva evidentemente el título *Diez años de Ánfora Nova (1989-1999)*. Hay que decir que en su edición todo es lujo y primor: desde el colorido sensual y suave del rojo de la portada, que aloja un bello dibujo sugerente y modernista, hasta la pulcritud y esencialidad con que se presenta su contenido lírico, diverso y diferenciado gracias a las muestras de los cincuenta y cinco poetas acogidos en estas páginas y a la vez enriquecido mediante ilustraciones o fotografías y paneles gráficos alusivos a esos diez años de andadura literaria. Ante esta riqueza de matices tipográficos (hay, además, una fotografía de los Reyes dedicada por ellos para celebrar el aniversario) y esta cuidada organización estructural (que ofrece incluso una relación de todos los escritores, críticos e ilustradores que han colaborado en los sucesivos números publicados), no extraña leer, en la presentación que hace el Presidente de Cajasur, Miguel Castillejo Gorráiz, que la "combinación de textos literarios, donde se dan cita creadores consagrados de indiscutible renombre con autores noveles, y de obras de creación artística como la pintura, es una de las claves que distinguen a esta publicación, reconocida por la crítica como una de las más consolidadas y universales que se editan en nuestro país".

El libro, que con frecuencia intercala láminas de artistas plásticos para dar variedad temática y sugerentes visiones del hombre o de la naturaleza, queda claramente dividido en dos apartados, el primero de contenido fundamentalmente lírico (la única excepción es el texto en prosa de Manuel Leguineche) y el segundo de carácter recopilatorio. En esta línea, el texto inicial es un poema manuscrito de Rafael Alberti al que siguen las colaboraciones de otros cincuenta y cuatro poetas de renombre y de trayectoria literaria normalmente reconocida. Entre los antologados figuran trece cordobeses: Leopoldo de Luis, Mariano Roldán, Sacramento Rodríguez, Antonio Quintana, Leonor Barrón, Manuel Gahete, A. López Andrada, A. Rodríguez Jiménez, María Rosal, Pilar Sanabria, M.J. Agudo Zamora, Fernando Serrano y A.L. Ginés Muñoz; a ellos se

suman andaluces de otras provincias como José Antonio Muñoz Rojas, Francisco Morales Lomas o Antonio Enrique, y también nombres de distinta procedencia pero bastante conocidos y premiados como Manuel Ríos Ruiz, Jesús Hilario Tundidor o Enrique Badosa. Tal pluralidad de voces arroja, obviamente, una mezcla de experiencias líricas variadas y de sentimientos muy cambiantes: tristes y anclados en el pasado de los recuerdos, inundados de palpitaciones amorosas y de descripciones sensuales, atrevidos o reflexivos, sencillos y directos o enjaezados con todas las cualidades poéticas y del dominio léxico. Y es necesario destacar que muchos de estos poemas figuran en la revista como inéditos todavía o pertenecientes a obras de inminente publicación. Además, en este primer apartado quedan incluidos los diez poetas que han merecido el Premio Nacional de Poesía Mariano Roldán: desde el primer galardonado en 1990, el ya citado Fernando Serrano, hasta el premiado en la última convocatoria de 1999, el vizcaíno José Blanco García con su poemario *Cuaderno de bitácora*.

El carácter recopilatorio ya aludido de la segunda parte se debe a que en ella se hace un recuento de las publicaciones llevadas a cabo por la Editorial Ánfora Nova en estos diez años de existencia. Por un lado se exponen las portadas de los 38 números editados, algunos de ellos centrados en temas monográficos como demuestran los títulos "Homenaje a Rafael Alberti", "Dossier de Poesía Hispanoamericana" o "Paisajes naturales andaluces"; por otro, se ofrecen también las muestras de los libros de autor publicados en estos años, durante los cuales han aparecido diecisiete obras de poesía, cuatro de narrativa, una de ensayo (precisamente sobre la poesía de Mariano Roldán) y otra que es traducción de *El cementerio marino* de Paul Valery. De la acogida de la revista durante estos años y de los libros citados dan fe las reseñas impresas en periódicos y publicaciones literarias, de todo lo cual se incluyen asimismo reproducciones en las últimas páginas de este número conmemorativo. Solo con este resumen de la producción editorial de Ánfora Nova se comprende -como hace también el Presidente de Cajasur- que esta se vea como "una publicación necesaria cuyas páginas han difundido, a lo largo de este intenso periplo, colaboraciones muy disímiles de extremada calidad; proyectando estilos y corrientes artísticas de signo divergente; promocionando la Literatura y el Arte sin atender a dirigismos o influencias; manteniendo los principios de libertad, independencia y superación como fundamentos de una trayectoria emulable y preciada que ya cumple diez años [...]".

La importancia que, durante estos diez primeros años, ha ido adquiriendo la Editorial Ánfora Nova puede concretarse en las siguientes razones. Primera: Ha publicado al unísono textos de autores consagrados y de escritores noveles (a los que se les dio la oportunidad de exponer nuevas formas y orientaciones poéticas), con lo cual se hace necesario acudir a sus páginas para tener un repertorio completo de la creación literaria -particularmente de la poética- surgida en el último cuarto de siglo. Segunda: Ha acogido, igualmente, las opiniones de numerosos críticos bien conocedores del quehacer literario de los escritores andaluces, hecho que la ha convertido en una de las publicaciones más conocidas, consultadas y difundidas no sólo en España sino también en el exterior. Tercera: Ha tenido el gusto de acompañar o apoyar los textos con originales dibujos de artistas plásticos, los cuales le han dado una originalidad, una sensualidad y una riqueza estética a la composición tipográfica fuera de toda duda. No extraña, en este sentido, que la influencia de la revista y de las publicaciones anejas haya resultado fundamental para la educación literaria de las últimas generaciones de escritores y críticos españoles. A estos aspectos se refiere con toda claridad el Presidente de Cajasur al resumir, en su ya citada presentación, los valores de Ánfora Nova con el siguiente comentario: "Su importancia, por tanto, es sustancial a la hora de incardinar cualquier

estudio literario, sea cual sea la ubicación temporal y espacial que la cobije, no sólo por la índole compiladora y expositiva de los documentos sino además porque en sus páginas suele anticiparse un valioso material que podrá servirnos para conocer la génesis misma de las obras".

Índice del interés que ha suscitado este libro desde el primer momento de su edición es el número de reseñas que, sobre el mismo, ha ido apareciendo en la prensa y en conocidos suplementos culturales, de lo cual son primeros ejemplos los artículos incluidos en *ABC de Córdoba* (21 de marzo de 2000), en *"Papel Literario"* de *Diario Málaga-Costa del Sol* (23 de abril de 2000) y en *Diario Córdoba* (26 de abril del mismo año).